

LA GLOBALIZACIÓN TRAS EL 11 DE SETIEMBRE

David Held

Es fácil exagerar el momento: generalizar excesivamente a partir de la experiencia de un acontecimiento y una fecha. Por lo tanto, podríamos interpretar el 11-S como un punto de inflexión en la era contemporánea, por no decir *el punto* de inflexión; el momento en el que el proyecto de la globalización se encontró con el proyecto del terrorismo masivo, teñido por el islam radical mundial. Se podría pensar en el terrorismo masivo como un desafío contra la globalización y contra la expansión de valores como el sistema de derecho, la democracia y la libertad. Es un desafío contra todo esto, por supuesto. Pero hay, además, otros retos que se podrían considerar más amplios y profundos. A continuación presentaré algunos de ellos.

La globalización no es ninguna novedad. Ha habido muchas fases de globalización en los dos últimos milenios, entre las cuales se encuentran el establecimiento de las religiones mundiales, la era de los descubrimientos y la expansión de los imperios.

Pero una vez reconocido esto, es importante señalar que hay algo nuevo en la globalización actual; es decir, en la confluencia del cambio en múltiples actividades humanas: económicas, políticas, jurídicas, comunicativas y medioambientales. Podemos seguirlo midiendo la extensión, la intensidad, la velocidad y el impacto de las redes y las relaciones humanas en cada uno de los ámbitos básicos de actividad, y esto es lo que he intentado hacer con Anthony McGrew en *Global transformations* y en otras obras.

La globalización contemporánea comparte elementos en común con fases anteriores, pero posee características organizativas especiales que la distinguen, ya que crean un mundo en el que el extenso alcance de las relaciones y las redes humanas está igualado por su elevada intensidad relativa, su alta velocidad y la gran propensión a ejercer impacto en múltiples facetas de la vida social. El resultado es la aparición de una economía planetaria, mercados financieros que contratan las 24 horas, empresas multinacionales que hacen parecer pequeños a algunos países, nuevas formas de derecho internacional, el desarrollo de estructuras regionales y planetarias de gobierno y la aparición de problemas sistémicos planetarios: calentamiento del planeta, sida, terrorismo masivo, volatilidad de los mercados, blanqueo de dinero, el narcotráfico internacional, la regulación de la ingeniería genética, etcétera. Estas evoluciones plantean una serie de dificultades que saltan a la vista.

En primer lugar, los procesos de globalización y regionalización contemporáneos crean redes de poder superpuestas que superan los límites territoriales; como tales, añaden presión -y tensión- a un orden mundial diseñado de acuerdo con el principio westfaliano de dominio

soberano exclusivo sobre un territorio limitado.

En segundo lugar, ya no se puede suponer que el ámbito del poder político efectivo sean simplemente los gobiernos nacionales: el poder efectivo lo comparten y lo negocian las diversas fuerzas y organismos, públicos y privados, en los planos nacional, regional e internacional. Además, la idea de pueblo autónomo -o de una comunidad de destino político- ya no se puede situar dentro de los límites exclusivos del Estado nacional. Parte de las fuerzas y de los procesos más básicos que determinan la naturaleza de las oportunidades vitales están ahora fuera del alcance de los Estados nacionales.

En el pasado, los Estados nacionales resolvían principalmente sus diferencias sobre cuestiones fronterizas presentando 'razones de Estado' respaldadas por iniciativas diplomáticas y, en última instancia, con medios coercitivos. Pero esta lógica del poder es singularmente inadecuada para resolver las múltiples y complejas situaciones, desde la regulación económica hasta el agotamiento de los recursos y la degradación medioambiental, pasando por el terrorismo masivo, que engendran -a velocidades en apariencia cada vez mayores- una entremezcla de las suertes nacionales. Estamos, como elocuentemente expresó Kant, 'inevitablemente juntos'. En un mundo donde los Estados poderosos toman decisiones que afectan no sólo a sus pueblos, sino también a otros, y donde las fuerzas transnacionales atraviesan los límites de las comunidades nacionales de diversas maneras, las cuestiones de quién debería rendir responsabilidades ante quién, o sobre qué base, no se resuelven fácilmente.

En tercer lugar, las instituciones políticas, nacionales e internacionales existentes están debilitadas por tres vacíos normativos y políticos cruciales:

- Un desfase jurisdiccional: la discrepancia entre un mundo regionalizado y globalizado y las unidades nacionales separadas que establecen la política, lo cual da lugar al problema de las externalidades y de quién es responsable de las mismas.

- Un desfase de participación: el hecho de que no exista un sistema internacional para dar voz adecuada a muchos de los principales actores globales, tanto estatales como no estatales.

- Y un desfase de incentivos: las dificultades que plantea el hecho de que, en ausencia de una entidad supranacional que regule el suministro y el uso de los bienes públicos globales, muchos Estados intentarán ir a remolque y/o no encontrarán soluciones colectivas duraderas a los problemas transnacionales más urgentes.

En cuarto lugar, estas disfunciones políticas van unidas a un desfase adicional que podríamos denominar desfase moral; es decir, un desfase definido por:

a) Un mundo en el que 1.200 millones de personas viven con menos de un dólar diario, el 46% de la población mundial vive con menos de 2 dólares diarios y el 20% de la población mundial disfruta del 80% de sus rentas.

b) Y por compromisos y valores de, en el mejor de los casos, indiferencia pasiva hacia esto, como señala un gasto anual de Naciones Unidas de 1.250 millones de dólares (sin contar las misiones de paz), un gasto anual en confitería de 27.000 millones de dólares en Estados Unidos, un gasto anual en alcohol en Estados Unidos de 70.000 millones de dólares y un gasto anual en coches en Estados Unidos que está por las nubes (más de 550.000 millones de dólares).

Naturalmente, esto no es una declaración antiestadounidense. Se podrían haber resaltado cifras similares de la Unión Europea.

Se plantean entonces cuestiones al parecer evidentes. ¿Elegiría alguien libremente esta situación? ¿Escogería alguien libremente un patrón distributivo de los bienes y servicios escasos que provoca que cientos de millones de personas sufran perjuicios y desventajas graves independientemente de su voluntad y consentimiento (y con el que 50.000 personas mueren diariamente de desnutrición y pobreza relacionadas con estas causas), si este individuo no supiese ya que le había tocado un lugar privilegiado en la actual jerarquía social? ¿Respaldaría alguien libremente una situación en la que el gasto anual de proporcionar educación básica a todos los niños es de 6.000 millones de dólares; el de agua y alcantarillado, de 9.000 millones, y el de la sanidad básica para todos, de 13.000 millones, mientras que anualmente se gastan en Estados Unidos 4.000 millones de dólares en cosméticos, casi 20.000 millones en joyas y 17.000 millones (en Estados Unidos y Europa) en comida para mascotas? Ante una corte imparcial de razonamiento moral (que analice el razonable rechazo de las reivindicaciones), es difícil comprender cómo se podría defender una respuesta afirmativa a estas preguntas. Difícilmente puede sorprender que las desigualdades planetarias fomenten el conflicto y la protesta, especialmente dada la visibilidad de los estilos de vida mundiales en la era de los medios de comunicación de masas.

En quinto lugar, se ha producido un cambio de los relativamente discretos sistemas de comunicación y económicos nacionales a su más compleja y diversa entremezcla en los planos regional y planetario, y del gobierno a la administración con múltiples niveles. Sin embargo, hay pocas razones para pensar que se ha producido una 'globalización' paralela de las identidades políticas. Una excepción a esto se puede encontrar entre las élites del orden mundial -las redes de expertos y especialistas, personal administrativo superior y ejecutivos de las empresas multinacionales- y aquellos que siguen sus actividades y protestan contra ellas, la vaga constelación compuesta de movimientos sociales (incluido el

movimiento antiglobalización), sindicalistas y (unos cuantos) políticos e intelectuales. Pero estos grupos no son típicos. Vivimos, por consiguiente, con una complicada paradoja: que la administración se está convirtiendo cada vez más en una actividad de múltiples niveles, intrincadamente institucionalizada y espacialmente dispersa, mientras que la representación, la lealtad y la identidad se mantienen tercamente arraigadas en las tradicionales comunidades étnicas, regionales y nacionales.

Por lo tanto, el cambio del gobierno a administración con múltiples niveles, de las economías nacionales a la globalización económica, es inestable en potencia, capaz de invertirse en algunos aspectos y ciertamente capaz de generar una terrible reacción, reacción basada en la nostalgia, las concepciones románticas de comunidad política, la hostilidad a los que vienen de fuera (refugiados) y una búsqueda del Estado nacional puro (por ejemplo, en la política de Haider en Austria, Le Pen en Francia, etcétera). Pero es probable que esta reacción sea también en sí misma fuertemente inestable, y quizá un fenómeno a relativamente corto o medio plazo (¡si tenemos suerte!). Para comprender a qué se debe esto, es necesario desglosar el nacionalismo.

Como nacionalismo cultural es, y con toda probabilidad seguirá siendo, fundamental para la identidad de la gente; sin embargo, como nacionalismo político -la afirmación de la exclusiva prioridad política de la identidad nacional y del interés nacional- no puede proporcionar muchos bienes públicos deseados sin buscar la acomodación con otros, en y mediante la colaboración regional y global. A este respecto, sólo el punto de vista internacional o, mejor aún, cosmopolita, puede, en último término, acomodarse a las complicaciones políticas planteadas por una era más planetaria, marcada por la superposición de comunidades de destino y una política de niveles y estratos múltiples. Al contrario que el nacionalismo político, el cosmopolitismo registra y refleja la multiplicidad de asuntos, cuestiones y procesos que afectan y unen a las personas, independientemente de donde hayan nacido o donde residan.

Precisamos un cambio de un multilateralismo conducido por un club y dirigido por ejecutivos - típicamente secreto y excluyente- a una forma de gobierno más transparente, responsable y justa: un multilateralismo socialmente respaldado y cosmopolita. Los requisitos básicos para ello son:

- a) El reconocimiento de la creciente interconexión de las comunidades políticas en diversos ámbitos (incluido el social, el económico y el medioambiental).
- b) La comprensión de que las suertes colectivas se superponen y requieren normas y soluciones colectivas en el ámbito local, nacional, regional y planetario.
- c) El reconocimiento de la necesidad de que se tomen más decisiones, y más decisiones

eficaces y responsables a nivel transnacional.

d) La ampliación y transformación de nuestro sistema de gobierno actual, de escalas y capas múltiples, pasando de lo local a lo regional y lo planetario, de forma que adopte, en su *modus operandi*, los principios de transparencia, responsabilidad y democracia.

La multilateralización cosmopolita no se puede basar en el modelo estadounidense de geopolítica y compromiso internacional, especialmente tal y como la concibe la derecha republicana desde el 11-S, que constituye una nueva forma de unilateralismo global. El experimento social europeo -basado en el modelo de valores democráticos sociales y el noble experimento de gobierno en colaboración: la Unión Europea- señala una vía hacia delante. Pero dentro de la UE corremos el peligro gravísimo de generar una profunda división entre la política de élite y la de masas, y de provocar un alejamiento de la voluntad popular. ¿Es posible evitarlo?

Como el nacionalismo, el cosmopolitismo es un proyecto cultural y político, pero con una diferencia: se adapta mejor a nuestra era regional y planetaria. Pero todavía no se han ganado los debates para implantarlo en la esfera pública, y si los perdemos, estaremos en peligro.

Es importante volver al 11-S y explicar qué significa en este contexto. No podemos aceptar la carga de enderezar la justicia en un ámbito de la vida -la seguridad física y la cooperación política entre organismos de defensa- sin intentar al mismo tiempo solucionarla en los demás aspectos. Si a largo plazo se separan las dimensiones política y de seguridad, social y económica de la justicia -como tiende a hacer el orden mundial actual-, las perspectivas de establecer una sociedad pacífica y civil serán realmente sombrías. El respaldo popular contra el terrorismo, así como contra la violencia política y las políticas excluyentes de todo tipo, depende de que convenzamos a la gente de que hay una forma legal, receptiva y específica de abordar sus quejas. Sin este sentido de la confianza en las instituciones públicas, la derrota del terrorismo y de la intolerancia se convierte en una tarea enormemente difícil, si es que puede llegar a conseguirse. La globalización sin el cosmopolitismo podría fracasar.

D. Held es analista en temas de globalización. Publicado en El País (Madrid), 8 de julio de 2002. Se reproduce únicamente con fines informativos.